Las existencias plurales, seguimos siendo y resistiendo

Plural Existences, we Continue to be and to Resist

Resumen

El compartir ofrece la resistencia de los pueblos ancestrales en Abya Yala, rescatando de manera específica la ancestralidad andina desde la que se cultiva sabidurías, saberes y espiritualidades que resistieron a ser extirpadas por la imposición colonial que se sostuvo a partir del monoteísmo y el monocultivo mental que generaron diversas rupturas y desequilibrios en los ciclos de la vida compartida en el Gran tejido de la Vida que fluye en la Pachamama, cuyas consecuencias se reflejan en la actual pandemia, que es una de las múltiples consecuencias del sistema depredador que gira en torno a la explotación sin medida de la vida. Por lo que, desde las memorias transgresoras vinculadas a las fuerzas milenarias de los pueblos se intenciona constantemente el quiebre de ese mundo que denominamos de lo uno; a partir del reconocimiento del pluriverso, de esos otros mundos humanos y no humanos, los que vemos y no vemos, a fin de subvertir los desequilibrios y restablecer la armonización de los ciclos cósmicos y su sacralidad perdida.

Palabras clave: *Pachamama (Cosmos), Equilibrio, Espiritualidades, Sabidurías*

Abstract

Sharing offers the resistance of the ancestral peoples in Abya Yala, specifically rescuing the Andean ancestry from which wisdoms, knowledge and spiritualities are cultivated that resisted being extirpated by the colonial imposition that was sustained from monotheism and mental monoculture that generated various ruptures and imbalances in the cycles of shared life in the Great fabric of Life that flows in the Pachamama, whose consequences are reflected in the current pandemic, which is one of the multiple consequences of the predatory system that revolves around the exploitation without measure of life. Therefore, from the transgressive memories linked to the millenary forces of the peoples, the breaking of that world that we call of the one is constantly intended; from the recognition of the pluriverse, of those other human and non-human worlds, those that we see and do not see, in order to subvert the imbalances and restore the harmonization of the cosmic cycles and their lost sacredness.

¹ Teóloga Andina, Miembro de la comunidad de Teólogas Andinas de Abya Yala y la articulación de Teología y Pastoral Andina Perú-Argentina-Bolivia.

Sentipensando

Los caminos provocan sentipensares que se vinculan a memorias, tiempos, saberes, espiritualidades que como pozos de aguas frescas nutren las raíces de pueblos que no olvidaron que son parte del Gran Tejido de la Vida, en la que se entrelazan con las y los otras/os seres, porque ahí se encuentra su dignidad y no tanto en el poseer. Se trata del cobijo de la memoria viva que ayuda a seguir caminando hacia el horizonte de sentidos que cría, cultiva y procura la *Suma Jacaña*, la vida armoniosa, la vida plena, desde la dignidad que es renacida una y otra vez en los cuerpos de mujeres, niños/as, jóvenes, varones, ancianas/os que caminan y se sostienen en las fuerzas de una memoria milenaria, en plena conexión con sus tierras, territorios desde la que luchan por sus propias autodeterminaciones comunales; o los y las que transitan asfaltos y calles de las periferias urbanas procurando el sustento de sus vidas con el riesgo de perder los principios y orientaciones ancestrales, pero que se resisten a soltarla y buscan alimentarlas creativamente.

Se trata de sentipensares compartidos que buscan provocar el fin de un tiempo y un mundo que nos legó pandemias que resquebrajaron las interrelaciones de los cuerpos y espíritus a partir de verdades únicas impuestas como palabras sagradas infalibles; para gestar el nacimiento de un pluriverso de mundos que se reconocen en sus interrelaciones que equilibran y armonizan los ciclos de la Pachamama.

La Pachamama nos va a sanar

En un contexto de pandemia en la que surgen diversas narrativas en torno a la relación con el Cosmos, desde los territorios del Sur Andino, atravesados por la fuerza telúrica de la *Pachamama*, la Señora del Cosmos, asignada en el lenguaje cercano y próximo como la Madre Tierra, porque cobija, alimenta, cuida y protege; resuenan las voces de sabias y sabios, que alteran sus ritmos o infringir los espacios de esos mundos que no vemos pero que están presentes, generan desequilibrios en los cuerpos de todos/a los/as seres, por ello urgen restablecer el equilibrio y armonía con la *Pacha*, el Cosmos.

Todos los tiempos en los ciclos del cosmos tiene sus propias fuerzas, pero agosto, es de profunda conexión con las fuerzas de la vida, ya que en los territorios del Sur se prepara para salir del invierno a la primavera, donde las poblaciones andinas (*Kollas, Aymaras, Quechuas, Urus, Keros*) se convocan para despertar a la Madre Cosmos, la *Pachamama*, a fin de seguir generando el equilibrio y la armonía en el gran tejido de la vida, donde el

ser humano es una hebra más. Desde esa conexión, se evoca las palabras sabias de las abuelas y abuelos, de que “todo lo que se hace a la tierra, nos lo hacemos a nosotras/os mismas/os”, pues este tiempo de pandemia es el reflejo de las grandes rupturas de algunos humanos más que otros, con el Cosmos y la gran biodiversidad de seres que está afectando a toda la comunidad humana de maneras diferenciadas y desiguales.

En la memoria de los relatos que se ofrecen los pueblos en los diversos territorios de *Abya Yala*, la tierra en plena madurez, ya escucharon de enfermedades que destruyeron a algunos pueblos, por ello decidieron hablar con ellas y ofrecerles pequeñas ofrendas para que pasen sin hacer mucho daño, como lo hacen con las otras enfermedades que llegaron de fuera, de otros contextos, y si buscan quedarse se las increpa para que se vayan, pero sobre todo se evita mencionarlas para que no se las llame, sino que transiten hasta que retornen a los lugares que pertenecen.

Pero también se reconoce que es un tiempo donde se entretejen solidaridades, aunque predominan la incertidumbre, la impotencia frente al dolor que se asemeja a las noches largas y sin estrellas, donde se mantiene sutilmente la esperanza que permite sentir las en la inmensidad, allí donde se halla *Yacana*, la llama negra sagrada en el fondo oscuro del cielo, que es perceptible desde el corazón. En esa sintonía muchos pueblos, a partir de sus propias organizaciones ante la limitada atención estatal, van buscando otros modos de prevenir la presencia del virus a partir de la conexión con las hermanas mayores, las plantas medicinales, tratamientos y rituales propios que cada pueblo tiene para restablecer la salud, lo que en algunas organizaciones indígenas está llevando a la necesidad de articular sistemas sanitarios interculturales, a fin de rescatar la medicina ancestral en diálogo con las otras medicinas.

Por otra parte, desde diversas organizaciones de mujeres, por medio de ollas comunes, huertas familiares y otros emprendimientos de intercambio, como el cuidado de las semillas ancestrales, y otras, van rescatando la fuerza de lo cotidiano como parte de la sanación cósmica, rompiendo así con el viejo mito de separar lo público y lo privado, desde la conciencia de que la mejor medicina es la olla y todas las interrelaciones que se recuperan desde la crianza mutua de todos los cuerpos humanos, animales, vegetales, tierras, aguas, bacterias, minerales, a fin de que circulen las reciprocidades generadoras de vida. Lo que conlleva la resistencia a la ampliación de fronteras agrícolas del monocultivo, lo transgénico, los sistemas alimentarios industriales e insalubres que violentan a los cuerpos orgánicos como son las semillas y los cuerpos de los animales en su integridad. Pero también se trata de un cuestionamiento a la economía extractivista que hiere el cuerpo de la tierra, sus ciclos e interrelaciones, y que está afectando los cuerpos pequeños de las niñas y de los niños que tienen metales pesados a causa de las empresas mineras.

La *Pachamama*, nos invita a escucharle, no sólo en sus gemidos de dolor que ahora son los nuestros, sino en aquello que nos ofrece como oportunidad para seguir tejiendo la gran red de la vida, por lo que será necesario descalzarse y reconocer que la tierra que pisamos es sagrada. Así como lo hicieron y lo hacen las guardianas y los guardianes de los territorios que caen como semillas antes de tiempo por la bala criminal de la codicia y el poder, que en nombre del “desarrollo” se arroja la potestad del adueñamiento sobre los territorios y la vida, que en cierta medida se apoyan en discursos religiosos que separa la vida fuera de lo que consideran lo “terrenal”, por lo que es casi un sacrilegio reconocer la interrelación y dependencia en el cosmos.

Las rupturas generadas por el mandato de lo uno

Desde la conexión con otras formas de comprender la fuerza dinámica de lo sagrado, considerar que hay un solo texto como sagrado, es ya inadmisibles, mucho más cuando es asumido como la infalible palabra de Dios, como es considerada aun la Biblia. Aunque los textos bíblicos son un montón de “cosas santas mezcladas de cosas humanas”, hay textos que cuestan ser leídos y escuchados, porque se les niega cualquier posible interpretación, como lo es el primer mandamiento, que es parte del código de la alianza que exige fidelidad, pues Dios no sólo es el garante de su cumplimiento, sino que la regula, porque su transgresión es duramente castigada, como se señala en Éxodo 20:2-6 y Deuteronomio 5:6-10. Aunque se trata de un texto judío, ubicado en la *Torá*, es parte de la enseñanza de todo “buen cristiano”, que tiene interiorizado a un solo Dios, como lo expresa el texto:

²Yo soy Yahvé, tu Dios, que te he sacado del país de Egipto, del lugar de esclavitud. ³No tendrás otros dioses fuera de mí. ⁴No te harás escultura ni imagen alguna de lo que hay arriba en los cielos, abajo en la tierra o en las aguas debajo de la tierra. ⁵No te postrarás ante ellas no les darás culto, porque yo, Yahvé, tu Dios, soy un Dios celoso, que castigo la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me odian, ⁶pero tengo misericordia de mil generaciones con los que me aman y guardan mis mandamientos.

El mandato de un solo Dios es categórico, aunque el texto hace referencia a la memoria de Dios liberador, que los sacó de la esclavitud de Egipto (v. 2), texto muy apreciado en las diversas relecturas de nuestros contextos. Pero también hace referencia a un Dios que concede bendición y maldición, como se puede ver a lo largo de los textos del Pentateuco, y de manera particular llama la atención que, en este mandamiento, la bendición recae en “mil generaciones”, es decir, se trata de una línea continua de bendiciones a cambio de la fidelidad, que puede ser asumido como una

especie de privilegio que se naturaliza para aquellos que no sólo cumplen con el mandato, sino que lo hacen cumplir. Obviamente que entorno al texto se puede encontrar interpretaciones polisémicas en torno a los ídolos, pero su énfasis se sostiene en la vigencia de un solo Dios con diversas características que aglutinan las otras experiencias de lo sagrado, pero que en cierta medida rechaza aquellas que salen de sus parámetros normados.

Aunque se aprecia en muchos textos del primer testamento, que la veneración de un solo Dios, ha sido el resultado de un largo proceso, pues en los antecedentes del pueblo hebreo nos remiten a los sencillos santuarios locales o regionales vinculados al culto familiar, por lo que según Albertz en esos cultos “no había la pretensión consciente de mezclar religiones, sino la equiparación espontánea de las necesidades más elementales con el paisaje, los diversos aspectos de una historia y una religión en continuo cambio²” (vol. I, 1999, p. 184), que ni la estructura del templo promovido por la monarquía logró consolidarla, como se puede constatar en las denominadas reformas religiosas promovidas por Ezequías (2 Re 18:1-8) y Josías (2Re 23:4-14).

Por otra parte, si consideramos las raíces y orígenes del pueblo de Israel, se puede decir que se dio una continuidad cultural, que manifiesta la capacidad de adaptación de la sociedad hebrea y su visión religiosa al medio cultural cananeo en cuyo terreno desarrolló su organización, por ello se aprecian numerosos elementos que hunden sus raíces en las sociedades cananeas y la convivencia con los otros pueblos con los que compartían ciertas prácticas, como será el culto a la fertilidad, como se puede advertir en la presencia de *Baal* proveedor de la lluvia y *Asherá* encargada de la fecundidad, que en algunos textos son presentados como los contrincantes de Yahvé (Cf. 1Re 18:20-40) y otras veces emparentados, como es presentado en algunos estudios, por ejemplo, el de José Severino Croatto, en su artículo la Diosa *Asherá* en el Antiguo Israel³.

En ese contexto se comprende el mandato de no construir esculturas, ni imagen de “arriba en los cielos, abajo en la tierra o en las aguas debajo de la tierra” (v. 4), que se explicita en Dt 4:15-20. Mientras que la referencia a los tres espacios del cosmos y los seres que la habitan y se interrelacionan, es muy propio de las denominadas religiones cósmicas, asociadas a pueblos agrícolas, de pastores y cazadores, que buscan establecer relaciones con los tiempos y espacios desde sus cosmologías integrales. No se puede negar que en el ámbito bíblico hay investigaciones serias al respecto, por lo que no es el propósito detenernos a analizarlas. Sino más bien, presentar en líneas generales lo que supuso y supone las lecturas y comprensiones en

² El mismo autor plantea que las familias se acomodaron a la pluralidad religiosa circundante y los integraron en su religiosidad personal.

³ En RIBLA 38, p 29-39.

Las existencias plurales, seguimos siendo y resistiendo

Plural Existences, we Continue to be and to Resist

Resumen

El compartir ofrece la resistencia de los pueblos ancestrales en Abya Yala, rescatando de manera específica la ancestralidad andina desde la que se cultiva sabidurías, saberes y espiritualidades que resistieron a ser extirpadas por la imposición colonial que se sostuvo a partir del monoteísmo y el monocultivo mental que generaron diversas rupturas y desequilibrios en los ciclos de la vida compartida en el Gran tejido de la Vida que fluye en la Pachamama, cuyas consecuencias se reflejan en la actual pandemia, que es una de las múltiples consecuencias del sistema depredador que gira en torno a la explotación sin medida de la vida. Por lo que, desde las memorias transgresoras vinculadas a las fuerzas milenarias de los pueblos se intenciona constantemente el quiebre de ese mundo que denominamos de lo uno; a partir del reconocimiento del pluriverso, de esos otros mundos humanos y no humanos, los que vemos y no vemos, a fin de subvertir los desequilibrios y restablecer la armonización de los ciclos cósmicos y su sacralidad perdida.

Palabras clave: *Pachamama (Cosmos), Equilibrio, Espiritualidades, Sabidurías*

Abstract

Sharing offers the resistance of the ancestral peoples in Abya Yala, specifically rescuing the Andean ancestry from which wisdoms, knowledge and spiritualities are cultivated that resisted being extirpated by the colonial imposition that was sustained from monotheism and mental monoculture that generated various ruptures and imbalances in the cycles of shared life in the Great fabric of Life that flows in the Pachamama, whose consequences are reflected in the current pandemic, which is one of the multiple consequences of the predatory system that revolves around the exploitation without measure of life. Therefore, from the transgressive memories linked to the millenary forces of the peoples, the breaking of that world that we call of the one is constantly intended; from the recognition of the pluriverse, of those other human and non-human worlds, those that we see and do not see, in order to subvert the imbalances and restore the harmonization of the cosmic cycles and their lost sacredness.

¹ Teóloga Andina, Miembro de la comunidad de Teólogas Andinas de Abya Yala y la articulación de Teología y Pastoral Andina Perú-Argentina-Bolivia.

Sentipensando

Los caminos provocan sentipensares que se vinculan a memorias, tiempos, saberes, espiritualidades que como pozos de aguas frescas nutren las raíces de pueblos que no olvidaron que son parte del Gran Tejido de la Vida, en la que se entrelazan con las y los otras/os seres, porque ahí se encuentra su dignidad y no tanto en el poseer. Se trata del cobijo de la memoria viva que ayuda a seguir caminando hacia el horizonte de sentidos que cría, cultiva y procura la *Suma Jacaña*, la vida armoniosa, la vida plena, desde la dignidad que es renacida una y otra vez en los cuerpos de mujeres, niños/as, jóvenes, varones, ancianas/os que caminan y se sostienen en las fuerzas de una memoria milenaria, en plena conexión con sus tierras, territorios desde la que luchan por sus propias autodeterminaciones comunales; o los y las que transitan asfaltos y calles de las periferias urbanas procurando el sustento de sus vidas con el riesgo de perder los principios y orientaciones ancestrales, pero que se resisten a soltarla y buscan alimentarlas creativamente.

Se trata de sentipensares compartidos que buscan provocar el fin de un tiempo y un mundo que nos legó pandemias que resquebrajaron las interrelaciones de los cuerpos y espíritus a partir de verdades únicas impuestas como palabras sagradas infalibles; para gestar el nacimiento de un pluriverso de mundos que se reconocen en sus interrelaciones que equilibran y armonizan los ciclos de la Pachamama.

La Pachamama nos va a sanar

En un contexto de pandemia en la que surgen diversas narrativas en torno a la relación con el Cosmos, desde los territorios del Sur Andino, atravesados por la fuerza telúrica de la *Pachamama*, la Señora del Cosmos, asignada en el lenguaje cercano y próximo como la Madre Tierra, porque cobija, alimenta, cuida y protege; resuenan las voces de sabias y sabios, que alteran sus ritmos o infringir los espacios de esos mundos que no vemos pero que están presentes, generan desequilibrios en los cuerpos de todos/a los/as seres, por ello urgen restablecer el equilibrio y armonía con la *Pacha*, el Cosmos.

Todos los tiempos en los ciclos del cosmos tiene sus propias fuerzas, pero agosto, es de profunda conexión con las fuerzas de la vida, ya que en los territorios del Sur se prepara para salir del invierno a la primavera, donde las poblaciones andinas (*Kollas, Aymaras, Quechuas, Urus, Keros*) se convocan para despertar a la Madre Cosmos, la *Pachamama*, a fin de seguir generando el equilibrio y la armonía en el gran tejido de la vida, donde el

ser humano es una hebra más. Desde esa conexión, se evoca las palabras sabias de las abuelas y abuelos, de que “todo lo que se hace a la tierra, nos lo hacemos a nosotras/os mismas/os”, pues este tiempo de pandemia es el reflejo de las grandes rupturas de algunos humanos más que otros, con el Cosmos y la gran biodiversidad de seres que está afectando a toda la comunidad humana de maneras diferenciadas y desiguales.

En la memoria de los relatos que se ofrecen los pueblos en los diversos territorios de *Abya Yala*, la tierra en plena madurez, ya escucharon de enfermedades que destruyeron a algunos pueblos, por ello decidieron hablar con ellas y ofrecerles pequeñas ofrendas para que pasen sin hacer mucho daño, como lo hacen con las otras enfermedades que llegaron de fuera, de otros contextos, y si buscan quedarse se las increpa para que se vayan, pero sobre todo se evita mencionarlas para que no se las llame, sino que transiten hasta que retornen a los lugares que pertenecen.

Pero también se reconoce que es un tiempo donde se entretejen solidaridades, aunque predominan la incertidumbre, la impotencia frente al dolor que se asemeja a las noches largas y sin estrellas, donde se mantiene sutilmente la esperanza que permite sentir las en la inmensidad, allí donde se halla *Yacana*, la llama negra sagrada en el fondo oscuro del cielo, que es perceptible desde el corazón. En esa sintonía muchos pueblos, a partir de sus propias organizaciones ante la limitada atención estatal, van buscando otros modos de prevenir la presencia del virus a partir de la conexión con las hermanas mayores, las plantas medicinales, tratamientos y rituales propios que cada pueblo tiene para restablecer la salud, lo que en algunas organizaciones indígenas está llevando a la necesidad de articular sistemas sanitarios interculturales, a fin de rescatar la medicina ancestral en diálogo con las otras medicinas.

Por otra parte, desde diversas organizaciones de mujeres, por medio de ollas comunes, huertas familiares y otros emprendimientos de intercambio, como el cuidado de las semillas ancestrales, y otras, van rescatando la fuerza de lo cotidiano como parte de la sanación cósmica, rompiendo así con el viejo mito de separar lo público y lo privado, desde la conciencia de que la mejor medicina es la olla y todas las interrelaciones que se recuperan desde la crianza mutua de todos los cuerpos humanos, animales, vegetales, tierras, aguas, bacterias, minerales, a fin de que circulen las reciprocidades generadoras de vida. Lo que conlleva la resistencia a la ampliación de fronteras agrícolas del monocultivo, lo transgénico, los sistemas alimentarios industriales e insalubres que violentan a los cuerpos orgánicos como son las semillas y los cuerpos de los animales en su integridad. Pero también se trata de un cuestionamiento a la economía extractivista que hiere el cuerpo de la tierra, sus ciclos e interrelaciones, y que está afectando los cuerpos pequeños de las niñas y de los niños que tienen metales pesados a causa de las empresas mineras.

La *Pachamama*, nos invita a escucharle, no sólo en sus gemidos de dolor que ahora son los nuestros, sino en aquello que nos ofrece como oportunidad para seguir tejiendo la gran red de la vida, por lo que será necesario descalzarse y reconocer que la tierra que pisamos es sagrada. Así como lo hicieron y lo hacen las guardianas y los guardianes de los territorios que caen como semillas antes de tiempo por la bala criminal de la codicia y el poder, que en nombre del “desarrollo” se arroga la potestad del adueñamiento sobre los territorios y la vida, que en cierta medida se apoyan en discursos religiosos que separa la vida fuera de lo que consideran lo “terrenal”, por lo que es casi un sacrilegio reconocer la interrelación y dependencia en el cosmos.

Las rupturas generadas por el mandato de lo uno

Desde la conexión con otras formas de comprender la fuerza dinámica de lo sagrado, considerar que hay un solo texto como sagrado, es ya inadmisibile, mucho más cuando es asumido como la infalible palabra de Dios, como es considerada aun la Biblia. Aunque los textos bíblicos son un montón de “cosas santas mezcladas de cosas humanas”, hay textos que cuestan ser leídos y escuchados, porque se les niega cualquier posible interpretación, como lo es el primer mandamiento, que es parte del código de la alianza que exige fidelidad, pues Dios no sólo es el garante de su cumplimiento, sino que la regula, porque su transgresión es duramente castigada, como se señala en Éxodo 20:2-6 y Deuteronomio 5:6-10. Aunque se trata de un texto judío, ubicado en la *Torá*, es parte de la enseñanza de todo “buen cristiano”, que tiene interiorizado a un solo Dios, como lo expresa el texto:

²Yo soy Yahvé, tu Dios, que te he sacado del país de Egipto, del lugar de esclavitud. ³No tendrás otros dioses fuera de mí. ⁴No te harás escultura ni imagen alguna de lo que hay arriba en los cielos, abajo en la tierra o en las aguas debajo de la tierra. ⁵No te postrarás ante ellas no les darás culto, porque yo, Yahvé, tu Dios, soy un Dios celoso, que castigo la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me odian, ⁶pero tengo misericordia de mil generaciones con los que me aman y guardan mis mandamientos.

El mandato de un solo Dios es categórico, aunque el texto hace referencia a la memoria de Dios liberador, que los sacó de la esclavitud de Egipto (v. 2), texto muy apreciado en las diversas relecturas de nuestros contextos. Pero también hace referencia a un Dios que concede bendición y maldición, como se puede ver a lo largo de los textos del Pentateuco, y de manera particular llama la atención que, en este mandamiento, la bendición recae en “mil generaciones”, es decir, se trata de una línea continua de bendiciones a cambio de la fidelidad, que puede ser asumido como una

especie de privilegio que se naturaliza para aquellos que no sólo cumplen con el mandato, sino que lo hacen cumplir. Obviamente que entorno al texto se puede encontrar interpretaciones polisémicas en torno a los ídolos, pero su énfasis se sostiene en la vigencia de un solo Dios con diversas características que aglutinan las otras experiencias de lo sagrado, pero que en cierta medida rechaza aquellas que salen de sus parámetros normados.

Aunque se aprecia en muchos textos del primer testamento, que la veneración de un solo Dios, ha sido el resultado de un largo proceso, pues en los antecedentes del pueblo hebreo nos remiten a los sencillos santuarios locales o regionales vinculados al culto familiar, por lo que según Alberty en esos cultos “no había la pretensión consciente de mezclar religiones, sino la equiparación espontánea de las necesidades más elementales con el paisaje, los diversos aspectos de una historia y una religión en continuo cambio²” (vol. I, 1999, p. 184), que ni la estructura del templo promovido por la monarquía logró consolidarla, como se puede constatar en las denominadas reformas religiosas promovidas por Ezequías (2 Re 18:1-8) y Josías (2Re 23:4-14).

Por otra parte, si consideramos las raíces y orígenes del pueblo de Israel, se puede decir que se dio una continuidad cultural, que manifiesta la capacidad de adaptación de la sociedad hebrea y su visión religiosa al medio cultural cananeo en cuyo terreno desarrolló su organización, por ello se aprecian numerosos elementos que hunden sus raíces en las sociedades cananeas y la convivencia con los otros pueblos con los que compartían ciertas prácticas, como será el culto a la fertilidad, como se puede advertir en la presencia de *Baal* proveedor de la lluvia y *Asherá* encargada de la fecundidad, que en algunos textos son presentados como los contrincantes de Yahvé (Cf. 1Re 18:20-40) y otras veces emparentados, como es presentado en algunos estudios, por ejemplo, el de José Severino Croatto, en su artículo la Diosa *Asherá* en el Antiguo Israel³.

En ese contexto se comprende el mandato de no construir esculturas, ni imagen de “arriba en los cielos, abajo en la tierra o en las aguas debajo de la tierra” (v. 4), que se explicita en Dt 4:15-20. Mientras que la referencia a los tres espacios del cosmos y los seres que la habitan y se interrelacionan, es muy propio de las denominadas religiones cósmicas, asociadas a pueblos agrícolas, de pastores y cazadores, que buscan establecer relaciones con los tiempos y espacios desde sus cosmologías integrales. No se puede negar que en el ámbito bíblico hay investigaciones serias al respecto, por lo que no es el propósito detenernos a analizarlas. Sino más bien, presentar en líneas generales lo que supuso y supone las lecturas y comprensiones en

² El mismo autor plantea que las familias se acomodaron a la pluralidad religiosa circundante y los integraron en su religiosidad personal.

³ En RIBLA 38, p 29-39.

torno al mandato de un solo Dios⁴, en contextos donde se sigue los ciclos del cosmos, en plena relación recíproca con todos los seres que la habitan, como se conservan en los pueblos ancestrales de *Abya Yala*, que se resistieron a morir ante imposiciones religiosas coloniales.

Resistencia al mundo de lo Uno

La extensión del mandato de un solo Dios, en nuestros territorios, es parte de lo que se denominó la evangelización en las Indias, que estuvo plenamente vinculado con ese mundo que desde sus percepciones, empieza a generar una serie de rupturas con los muchos mundos que habitaban *Abya Yala*, no bastan minutos de silencio para conmemorar el genocidio de muchos pueblos y la resistencia de otros que por más de 528 años viven los procesos de colonización, dominio, explotación en sus propios territorios y el enajenamiento permanente de sus identidades, saberes y espiritualidades.

Sino de cuestionar el poder casi sagrado que sigue destruyendo la vida, en base a la ambición que acompañó las expediciones de las conquistas de diversos territorios, sostenidos en una religión monoteísta y patriarcal que respaldó su expansión, como se aprecia en las denuncias de Bartolomé de las Casas, recogidos por Gustavo Gutiérrez en su texto *Dios o el oro en las indias*, haciendo alusión al pensamiento que movilizaba a los evangelizadores:

La salvación puede depender de que se tenga o no medios materiales para traer a los que debían anunciarles a Dios (¿qué Dios?, podemos preguntarnos). Si se carece de riquezas no se recibe el Evangelio, eso es lo que hubiese ocurrido con los miserables habitantes de estas tierras de no haber habido minas (1989, p. 115).

No cabe duda que la acción colonial emprendida en estos territorios fuera considerada como una victoria concedida por su Dios, y una especie de castigo para las poblaciones “idólatras”, a lo que el antropólogo René Girard denomina como, “la sacralización de la violencia”, que hizo posible que muchos territorios y pueblos fueran violentamente profanadas en todos los sentidos y acusadas de su propia victimización, como lo plantea Dussel, declarando una “plena inocencia con respecto al acto victimario” (2008, p 65).

De ese modo la imposición del mundo de lo uno sobre los otros mundos, se configuró a partir de un Dios, una verdad, una historia, una especie dominante, un sexo dominante, un idioma, una cultura, un saber; por lo que los muchos mundos “indios” fueron asignados como no seres, para vaciar los contenidos de sus saberes, sus procesos históricos, sus logros científicos, técnicos, políticos, atravesados obviamente por sus propios

⁴ Al cristianismo le llevó un proceso de construcción dogmática de su fe en torno a la Trinidad, que tiende a seguir la preeminencia que Dios es uno sólo.

conflictos. Pues, parte de la estrategia de imposición era “convencerles primero en los errores con razones” (Marzal, 1988, p. 136) desde la que se establece el convencimiento de la “inferioridad humana del indio” (Gutiérrez 1989, p. 50).

Realmente se trató de un adueñamiento de pueblos y territorios, con la excusa de traer el anuncio de Cristo, por la que abogaron diversos misioneros y teólogos, entre ellos los defensores de indios, ya que no cuestionaron ese hecho, sino sus formas. Por lo que será preciso en el ámbito del cristianismo, revisar esa memoria, como diría Gustavo Gutiérrez:

No sólo estamos, por consiguiente, ante la comprensión de la historia y la sociedad en que vivimos, se halla también en juego la inteligencia de la fe cristiana. No es posible, en efecto, separar la vivencia de fe y reflexión sobre ella, de la historia de los pueblos. Esperar y acoger el Reino de vida no se compagina con una realidad política de opresión e injusticia (1989, p 12).

En esos recorridos de las memorias registradas, un aspecto que hace eco en la reflexión en torno al mundo de lo uno es la que denunció Bartolomé de las Casas, la idolatría de quienes se pretenden cristianos. Lo que para Gutiérrez “resultó una paradoja insoportable para sus contemporáneos que consideraban, obviamente, que la idolatría era lo propio de los naturales de estas tierras” (ibid., p 148), ya que su denuncia se sostenía que en las Indias “no se adora al Dios de Jesucristo, el oro se ha convertido en ídolo al cual los que se dicen cristianos rinden pleitesía y sirven” (p. 149), de ese modo el nuevo orden social se orientó a satisfacer los intereses y la codicia.

Los procesos complejos de evangelización en los que estuvo en juego las ansias de la riqueza, del oro y la plata, fueron secundadas por el largo proceso de extirpación de idolatrías, que supuso “destruir el adoratorio pagano, plantar en sus ruinas o en sus bases una cruz y eventualmente edificar encima un templo cristiano” (Duviols, 2003, p 22), lo que conllevó “la muerte temprana e injusta de los indios, pero que implica también el aniquilamiento de las culturas autóctonas y la devastación del mundo natural” (Gutiérrez, 1989, p. 151), que derivó en una serie de transformaciones que enajenaron el sistema de representaciones de los pueblos que posibilitó el avance del sistema capitalista que asume al cosmos y todas sus interrelaciones como “materia” a ser explotada y dominada.

En nuestros lenguajes, supuso un sinfín de rupturas en las estructuras organizativas de cada pueblo y sus interrelaciones con las otras existencias, que supuso el despojo incluso de su memoria que son capturadas en una serie de crónicas, museos y estudios que parecen remitirse a un pasado remoto, o en la folklorización de sus prácticas para convertirse en mercancía, sin considerar que siguen siendo y estando en conexión a la fuerza ancestral que acompaña las resistencias, lo que quiebra los apelativos coloniales que los adscriben como minorías étnicas, pues se reconocen como pueblos con historias, territorios y procesos de organización que fueron brutalmente

rotos, pero que aún exigen y viabilizan sus propias organizaciones comunales, en la que se reconoce la pluralidad de pueblos, que de algún modo es recogido en las cifras de instancias oficiales, como es la CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe), el año 2014 se registró 826 pueblos, sin considera a las comunidades de aislamiento.

Rescatando el sentido de nuestros mundos

La memoria dolorosa registrada en el acuerpamiento de los pueblos “indios”, no alimenta resentimientos y menos sentidos de victimización, hay dolor, como el de una herida abierta que repercute en las relaciones, pero desde su ser-estando, siguen haciendo camino, aunque no faltan posturas radicales en sus resistencias, pero interesantemente algunos trascienden esencialismos culturales al plantear una restitución integral a los pueblos por los daños provocados, pues mientras no se la viabilice, el saqueo, la muerte, la codicia y destrucción, seguirán perturbando a muchos pueblos y territorios, por lo que el desequilibrio generará mayores desarmonías en el cosmos; que en gran medida se sigue provocando por esa parte de la humanidad a la que le cuesta como parte de una gran red de la vida y que ha naturalizado el racismo, como diría Eduardo Galeano, para “huir de la historia”.

Para muchos pueblos el cosmos es como un tejido, en el que no hay un centro, pues en el movimiento de la trama y la urdimbre, todo es importante, y fluye de manera horizontal. Esta imagen es sumamente significativa, ya que en ella se reconoce la diferencia y se agradece, no cabe duda de que estos niveles de configuraciones en las relaciones fueron cultivados a partir del diálogo de sabidurías plurales a fin de sostener la red de interrelaciones que no se limita a lo humano, como nos recuerdan las sabias y sabios, de que todo vive, siente y habla.

En ese sentido, las tres dimensiones “arriba en los cielos, abajo en la tierra o en las aguas debajo de la tierra” (Ex 20:4), que hace referencia el texto bíblico como una especie de desacralización de esos espacios, seguro tendría sus sentidos profundos para el pueblo vinculado a la tierra y sus ciclos, por ello son mencionados. Mientras que para las diversas cosmogonías o cosmologías en *Abya Yala*, esos tres mundos se articulan en una especie de totalidad de espacios y tiempos, donde hay una íntima relación que alcanza a las personas y a la comunidad, se trata de una convivencia cósmica que está reflejado en la vivencia de las espiritualidades, que no buscan generar el nexo con lo sagrado, porque no es una realidad separada de la vida, sino de propiciar la interrelación y la reciprocidad que “revelan un equilibrio fundamental que es la base y el sostén esencial de la existencia misma del cosmos” (Van den Berg, 1989, p. 118).

Por ello, las edificaciones y estructuras que quedan de algunos pueblos, son una especie de texto-textiles que buscan replicar a los seres que dan

vida, pues se trata de una realidad física y tangible, que son acompañadas de fuerzas protectoras que habitan los mundos que no se ven, que son denominadas de diversos modos en los idiomas de cada pueblo y para que puedan comprenderse se traduce como espíritus protectores o guías, que son parte de las energías que interactúan junto a la *Pacha* (Cosmos).

Aunque no se puede negar que la evangelización en muchos pueblos generó una serie de embates en torno al mundo que se denomina el mundo debajo de la tierra, por lo menos en la región andina tuvo una seria repercusión en la asignación de ese espacio con lo demoniaco, por lo que los/as seres que habitan esos espacios, como son los ojos de agua, vertientes, pantanales, cuevas y sitios donde se hallan minerales y *pakarinas* (espacios donde están los cuerpos de antepasadas/os), que fueron catalogados como tal, por ello, en las zonas mineras de los Andes se representó a la fuerza que habita en el vientre de los subsuelos, con la imagen del diablo que el arte colonial retrató, lo que derivó en las personificaciones del *Muki* y el Tío, y no será casual que a partir de la folklorización se los represente con la danza de los diablos.

La resistencia de los pueblos en los territorios ancestrales tiene un largo caminar, y suponen un amenaza ante el sistema que sostiene las políticas colonialistas, extractivistas, capitalistas, jerárquicas y patriarcales, que buscan a toda costa extender su poderío a partir del discurso de lo global, restringiendo el sentido de lo local, pues las orientaciones de vida que se conservan como herencias ancestrales no tienen nociones universalistas, sino de procesos que generan la crianza mutua de la vida, que son gestadas en comunidad, “como una manera recíproca de criarse en el mundo, entre la familia o entre el cerro guardián y otros sitios sagrados del paisaje, y los/as humanos/as, animales y plantas...” (Arnold, 2017, p 17). Se trata de una ontología relacional, donde el ser humano se siente parte de la Gran Red de la Vida, que circula en el cosmos, que es vivido de manera local por las sinergias que logran establecerse.

Por eso, lo que el mercado ve como materia inerte y, por lo tanto, extraíble y explotable, para las comunidades vinculadas a las espiritualidades ancestrales está vivo y merece respeto. Por ello “mientras las personas transforman a los objetos (otros seres) en el mundo, también se crean y se transforman a sí mismas” (Ibid, p 19). De ese modo se establecen relaciones sociales de producción, por lo que “en los procesos del aprendizaje se puede percibir la enseñanza del manejo exitoso de los procesos que privilegian la continuidad de vida en el espacio biocultural” (Ibid, p 21), que es uno de los aportes significativos que sostienen los ciclos de la vida a partir de la crianza de la vida.

La crianza mutua de la vida

Desde la noción de que todo tiene vida y que establecen una serie de correspondencias en la crianza mutua, la vida humana, como bien lo plantea Ivone Gebara “depende de todos los otros seres vivos para mantenerse en la vida” (2002, p. 236), ya que en esas relaciones también desarrolla sus habilidades y aprendizajes a partir de la coparticipación junto a los otros/as integrantes o seres del Cosmos. En ese sentido, estas reciprocidades son vividas en profundidad a partir de las espiritualidades relacionales, que van más allá de simples creencias y supersticiones, pues romper el flujo y las sinergias en las relaciones provocan desequilibrios, eso lo saben muy bien los pueblos ancestrales que no precisan de grandes estudios, sino en las formas en que se manifiesta el cosmos y los/as otras/os seres, como lo vemos en la actual pandemia que es la más evidente, sin embargo, día a día hay otras realidades que evidencian esas rupturas.

Desde las organizaciones ecológicas, curiosamente se denomina la lucha y defensa de los territorios como una especie de ecologismo popular, se trata de una asignación nada acertada, ya que las resistencias de los pueblos trascienden los parámetros de esas organizaciones, eso no quiere decir que no haya acciones que se coadyuven, sino que sus luchas se sostienen en la fuerza de sus espiritualidades que genera una serie de relaciones con el territorio habitado que requiere ser tratado en su dignidad, pues su explotación está provocando su colapso, como lo estamos viendo en estos últimos años en los incendios de la amazonia y otras regiones, que son provocados a fin de extender las fronteras agroindustriales y ganaderas, que son lamentables, pero lo que preocupa de sobremanera a las poblaciones de esas regiones es que el fuego tiene otros comportamientos, por ello no puede ser extinguido con rapidez, lo que refleja que hay una alteración en las interrelaciones, que desde los ámbitos ecologistas es denominado como los efectos del calentamiento global.

Lo mismo sucede desde hace muchos años con la pérdida de la nieve de los glaciares, que, para los pueblos afectados, no tiene que ver sólo con la pérdida “material”, sino que rompe con las relaciones que se establecen con todos los mundos que las habitan y que se vinculan en sus travesías con otros/as seres.

Evocamos la situación del *Apu* (protector) Ausangate, que es el glaciar más representativo para las poblaciones del Sur Este de Cusco en Perú, que para las poblaciones de esa región es considerado como un protector y guía de la comunidad, donde se ubica el Santuario de *Qoyllur Riti* (Estrellas de la Nieve), en el que también se encuentra la imagen de Cristo en una cueva y que es venerado por los y las visitantes, sin embargo, ese espacio está vinculado a las fuentes de agua, que propician la fecundidad de las cosechas y de los camélidos (llamas, alpacas) y otros/as seres, por ello hay una serie de ritos de reciprocidad y de agradecimiento con los seres que

habitan esos espacios, ahora que la nieve que cubría esos espacios empieza a desaparecer, la población se pregunta ¿dónde habitarán esos espíritus?, saben que su dolor se extenderá en el dolor de los/as otros/as seres, pero esa preocupación no es considerada, aunque corren esa misma suerte los diversos *Apus* protectores que son parte del 71 por ciento de glaciares tropicales de los Andes ubicados en Perú que alimentan la fuentes acuíferas de las regiones andinas y amazónicas del Sur.

Hay cambios en el cosmos que son evidentes para muchos pueblos indígenas, que muchas veces los fuerza a migrar, pero también surgen organizaciones en torno a sus espiritualidades, que recrean la crianza mutua de la vida, como se puede apreciar en las resistencias que rememoran los saberes (ciencias) y habilidades (tecnologías) ancestrales, como lo están haciendo en la comunidad de *Quispillaccta*, en Ayacucho Perú, las criadoras y criadores de agua, que son impulsados por Magdalena Machaca, a partir de la construcción colectiva de los saberes ancestrales, que recuperó los ritos del intercambio de aguas, la recolección de algas de los ojos de agua de esa región y el cultivo de la *putaja*, que procuran el sembrado y cosecha de agua. Experiencia acogida en otros pueblos lo que procura la recuperación de los saberes ancestrales en sus localidades, donde las abuelas y abuelos tienen un rol fundamental. Se trata de procesos que tienen otras formas de comprender la sostenibilidad de la vida a partir del cuidado y respeto de los ciclos de los seres en la red de relaciones y el intercambio que se produce a partir del *ayni* (reciprocidad).

Por otra parte, un principio importante en esa sostenibilidad es lo suficiente, que los mismos pueblos van olvidando, se trata de otros modos de concebir la vida que rompen con el sentido de la acumulación, como aún algunas abuelas y abuelos recuerdan, que la riqueza no es acumular, sino que proviene del cultivo de una vida en profundidad que sostiene la armonía con la *Pachamama* y todos/as las/os seres. Por ello, el que haya poblaciones catalogadas como analfabetas, sobre todo las mujeres, no tendría que considerarse como sinónimo de no saber, ya que ellas son las que han mantenido los saberes plurales en muchos pueblos, por ejemplo, para Vicenta Mamani “en el ciclo agrícola la mujer está pendiente de la lluvia, observa el movimiento de las estrellas, el color del cielo, las fases de la luna y sitios donde los pájaros ponen sus nidos” (2000, p. 107); por su parte las mujeres tejedoras en sus obras narran historias de sus pueblos, las realidades que acontecen, las relaciones y los deseos de los caminos.

Intencionamos el Pachakuti

Pese a la vulneración histórica de los pueblos indígenas, se mantiene las brasas de los fogones de esperanza, pues los tiempos de crisis despiertan narraciones de fines y nacimientos de mundos en los pueblos de *Abya Yala*, la pandemia nos lleva a vislumbrar ese tránsito que precisa una

espiritualidad sanadora que posibilite una vida plena, que no implore por respirar mecánicamente, sino que sea el aliento vital de una tierra sin males donde la vida se regenera.

Se trata del tiempo, donde el reino de lo uno, único y verdadero, es desbordado desde la polifonía de voces, la pluralidad de seres, que se negaron y se niegan a morir, pues la fuerza milenaria ancestral va despertando para intencionar a la fuerza alteradora que marca la transición del universo que se invierte en el pluriverso, que subvierte lo que se considera como el cauce normal para restablecer el orden cósmico y su sacralidad perdida, que en el mundo andino es nombrada como *Pachakuti*.

Es el tiempo que supera la narrativa bélica, para establecer una conspiración cósmica que desafía a la amenaza de las balas, como lo expresó Bertha Cáceres, “Vos tenés la bala... yo la palabra. La bala muere al detonarse... la palabra vive al replicarse”. Así es, las palabras de las resistencias van haciéndose vida en los caminos, en los encuentros y van germinando en los *kuti*, los retornos que restituyen el equilibrio desde los ritmos y movimientos desde el lado del corazón.

Es el tiempo de las memorias transgresoras y de palabras que requieren replicarse frente a los mandatos de lo uno, desde las historias plurales que se conservan en modos menos pensados. Así, en conexión con la fuerza de la ancestralidad andina desde donde se comparte este tejido que intenciona el retorno de los equilibrios, se evoca la fuerza de la ancestría aimara, Bartolina Sisa, que junto a su compañero Tupac Katari, organizaron una de las sublevaciones de mayor repercusión frente al poder colonial, a ese mundo de lo uno, que la llevó a ser ejecutada en la horca, decapitada y mutilada de manos, para ser exhibidas en los territorios donde se había gestado la rebelión, de ese modo los cuerpos desmembrados de ella y el de su compañero buscan restituirse en las luchas y resistencias de los pueblos a fin de generar el *Kuti*, el retorno insurgente, por lo que significativamente los pueblos de diversas territorialidades, instituyen el 5 de septiembre como el día internacional de la mujer indígena, en su memoria.

Se acude a esa memoria que evoca la fecundidad que requiere el renacer de esos otros mundos que son gestados desde la armonización de esas voces, palabras y cuerpos silenciados por el mundo de lo uno, que son las que empujan y dinamizan la crianza mutua de la vida, como se puede percibir detrás del mandato masculino de ese “Dios celoso” que responde a intereses de los unos, que silencian las voces y sentires de esos otros mundos que buscaron sentir y nombrar lo sagrado en las interrelaciones con la vida, como se puede percibir en el vínculo con *Asherá*, Diosa Madre del pueblo hebreo que buscó resurgir de diversas maneras y en diversos tiempos, como lo dejan entrever algunas voces que son descalificadas por transgredir el mandato de Dios, “desde que dejamos de quemar incienso a la Reina de los Cielos y de hacerle libaciones, carecemos de todo, y por la espada y el hambre somos acabados (Jer 44:18).

La necesidad del retorno de los equilibrios que procuran la armonización de la vida es parte del deseo profundo, soñado, querido, que se viene gestado y se viene intencionando, como corazonaba el 2012 el poder de la palabra zapatista, tiempo que para el pueblo Maya, según sus contadoras/es empezaba el fin de un tiempo y el inicio de otro:

¿Escucharon?

El sonido de su mundo derrumbándose.

Es el del nuestro resurgiendo.

El día que fue el día, era noche.

Y noche será el día que será el día.

Desde la conexión con las fuerzas cósmicas y telúricas de los cuatro puntos cardinales, desde la integración de tiempos y espacios, desde las memorias ancestrales transgresoras:

¿Tienes algo que decirnos colibrí?

Bailan sin parar, cada vez más leves, más volando, y entonan los cantos sagrados que celebran el próximo nacimiento de la otra tierra (Galeano, 1994, p. 182)

Bibliografía

- Arnold, D. Hacia una antropología de la vida en los Andes. En Galarza, Heydi (ed). El desarrollo y lo sagrado en los Andes. 1ra. ed. La Paz. ISEAT, 2017, pp. 11-40.
- Albertz, R. Historia de la religión de Israel en tiempos del Antiguo Testamento. Traducido por Dionisio Mínguez. Vol I. Madrid: Trotta, 1999.
- Dussel, E. 1492. El encubrimiento del otro. Hacia el origen del “mito” de la modernidad. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, 2008.
- Duviols, P. Procesos y Visitas de Idolatrías. Cajatambo, siglo XVII. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú; Instituto Francés de Estudios Andinos, 2003.
- Galeano, G. Úselo y tírelo: el mundo del fin del milenio visto desde una ecología Latinoamericana. Tercera Edición. Argentina: Planeta, 1998.
- Gebara, I. Itinerario teológico: una breve introducción. En: Tamayo y Bosch (eds). Panorama de la Teología Latinoamericana. Estella, España: Verbo Divino, 2002, Pp. 229-239.
- Gutiérrez, G. Dios o el oro en las Indias siglo XVI. Perú: Instituto Bartolomé de las Casas, CEP, 1989.
- Marzal, M. La transformación religiosa peruana. 2da ed. Perú: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1988.

- Mamani, V. Identidad y espiritualidad de la mujer aimara. Bolivia: MdB, Fundación SHI-Holanda, 2000.
- Van den Berg, H. La tierra no da así nomas: Los ritos agrícolas en la religión de los aymara-cristianos de los Andes. Ámsterdan: CEDLA, 1989.

Referencias de internet

- Ministerio del Ambiente-Perú: Criadores de agua: La historia de una lucha contra las sequías. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=3juMJtwFA6w> Visitado el: 20 ag. 2020
- Perú: la lucha por proteger al glaciar tropical más extenso del mundo, 2018. Disponible en: <https://wayka.pe/peru-la-lucha-por-proteger-al-glaciar-tropical-mas-extenso-del-mundo/> Visitado el: 15 set. 2020

Sofía Chipana Quispe
warmi_pacha@hotmail.com